

respeto á los dioses (1). Si no temiera usar de grandes ejemplos para cosas pequeñas, diría que también pagó su tributo á la revolución francesa, inspirando á Mr. Hins (a) el asunto de su ingeniosa comedia (2).

Desgraciadamente no se presentan en este particular mas que notables diferencias. ¿Qué analogía puede haber entre los libros, fruto de una época de moralidad, y los publicados en tiempo del regente y Luis XV? En vano nos hacemos ilusiones: si, á pesar de Condorcet y la turba de filósofos modernos, juzgamos del tiempo presente por lo pasado, si un siglo encierra constantemente la historia del que le sigue, no vacilaría yo mucho en predecir lo que nos espera en lo sucesivo (b).

CAPITULO XXI.

SIGLO DE SOLON.

Esta es la época de una de las mayores revoluciones del espíritu humano, así como lo fue también de las mas considerables variaciones en la política. Todas las semillas de las ciencias que desde mucho tiempo atrás estaban fermentando en la Grecia, germinaron á la vez. No llegaron las luces como en nuestros dias al zenit de su gloria; pero alcanzaron aquella altura media desde donde ilustran á los hombres sin deslumbrarlos. Desde aquella altura despedían brillo suficiente para que el género humano progresara por el camino de la libertad sin temor de extraviarse en las ignoradas sendas de los sistemas, y tenían aquella justa proporción que nos da á conocer los principios sin el exceso de ciencia que nos impele á dudar de la verdad. La tragedia debió su origen á Thespis; la comedia á Susarion (3); la fábula á Esopo (4), la historia á Cadmo (5), la astronomía á Thales (6) y la gramática á Simonides (7). Memnon Antimaquides perfeccionó la arquitectura; la estatuaria se elevó por el ingenio de una multitud de artistas; pero sobre todo la filosofía y la política se remontaron á una altura desconocida. Repentinamente apareció una multitud de publicistas y legisladores, que dieron la señal de una revolución general. Así es también como hemos visto que los pueblos modernos han sido llamados á la libertad por los Locke, los Montesquieu y los J. J. Rousseau.

Fijemos por de pronto una mirada sobre las bellas artes (8).

CAPITULO XXII.

POESIA EN ATENAS.—ANACREONTE, VOLTAIRE.—SIMONIDES, FONTANES.—SAFO, PARNY.—ALCEO, ESOP, NIVERNON.—SOLON, LOS DOS ROUSSEAU.

Pisistrato al usurpar la autoridad soberana comprendió que para poder conservarla en un pueblo tan veleidoso, era preciso tenerlo continuamente distraído por medio de diversiones; mas atan las cadenas de flores que las de hierro. Llenó el patrio suelo de monumentos artísticos, y sus hijos, siguiendo el mismo sistema convirtieron su corte en punto de reunion de todos los mas brillantes ingenios de la Grecia (9).

(1) STRAB., lib. I.

(a) Nadie esperaría ver citado á Hins en este pasaje, pero es el tributo que un autor joven paga á su primera amistad literaria. (N. ED.)

(2) *Dispartamiento de Epimenides.*

(b) Lo que en tiempo de la república podía esperarse, era el despotismo militar: ya lo había yo previsto.

(3) ARIST., *de Poet.*, cap. IV.

(4) PHED., lib. I.

(5) SHID., *in Cadm.*

(6) HERODOT., lib. I, cap. LXXIV.

(7) CIC., *de Orat.*, lib. II, cap. LXXXVI.

(8) En lo sucesivo hasta el fin de esta revolución, tomaré la fecha del destierro de Hipias (olimpiada 67).

(9) PLUT., *in Hipparc.*

La capital del Atica resonó como la de Francia con las liras de los poetas y el rumor de las orgías. Oigamos al cantor octogenario de Teos, y al anciano de Ferney; al primero en los brillantes círculos de Atenas y al segundo en los de París.

«¿Qué me importan los vanos discursos de la retórica? ¿Qué necesidad tengo de tantas palabras inútiles? Enseñadme mas bien á beber el sonrosado licor de Baco, y á jugar con la amorosa Venus; la de los cabellos de oro. Pon, muchacho, una guirnalda en mis sienes encanecidas. Derrama vino en mi copa para que pueda adormecer mi espíritu. No tardarás en tenerme que llevar á la huesa, y entonces ya no me acosarán los deseos (10).»

«Si queréis que yo ame, decía Voltaire, volvedme á la edad de los amores: volvedme si es posible á la aurora de mis dias.

«El tiempo, asíéndome de la mano, me advierte que me retire de los deliciosos sitios en que Lieo comparte su imperio con el amor.

«Saquemos algun partido de ese rigor inflexible: no conocer el espíritu de su edad es lo mismo que exponerse á sufrir todos los inconvenientes de ella.

«Así he deplorado la pérdida de los placeres de mis primeros años.

«Cuando la amistad descendiendo del cielo se ha dignado venir en mi ayuda. La amistad que acaso será tan tierna como los amores, pero menos hermosa que ellos.

«Embelesado con sus nuevas gracias, é iluminado por su resplandor la voy siguiendo; pero lágrimas me cuesta el no poder seguir ya mas que á ella (11).»

Esas dos pequeñas obras maestras revelan que la buena sociedad es la misma en todas partes, y que del mismo modo se expresaban en la corte de Hiparco que en la de Luis XV y Luis XVI. Fácil es de ver que un pueblo que llega á tal refinamiento de ideas está ya muy distante de la primitiva sencillez, y por consiguiente muy próximo al tiempo de las revoluciones (c).

Al par de Anacreonte brillaba Simonides, de cuyo corazón se exhalaba continuamente la mas dulce filosofía, sobresaliendo particularmente en cánticos á los dioses. Mas cuando modulaba su lira los lamentables acentos de la elegía, el alma quedaba sumergida en la mórbida (12) tristeza de sus tonos. Decía que la virtud habitaba sobre unas rocas tan escarpadas que el hombre no podía llegar hasta ella sin aventurarse á caer en el abismo (13); que no hay perfección (14); que las debilidades mas merecen compasión que censura; que la vida no dura mas que un momento, que morimos para siempre, y que aquel momento debe concederse á los placeres (15).

Si algo puede dar una idea de aquella inefable mezcla de religión y melancolía, que domina en los versos del poeta de Teos, son los fragmentos que voy á insertar. Mr. de Fontanes puede con mucha razón ser llamado el Simonides francés. Me es sensible que con arreglo al plan de este Ensayo no me sea dable trasladar todo el pasaje.

El poema de donde lo he tomado se intitula *Dia de*

(10) ANACR., *Oda XXXVI.*

(11) VOLTAIRE: *Misceláneas poéticas.* — *Estancias á la vejez.*

(c) Doy demasiada importancia á esos dos pequeños poemas; pero tengo razon en darles el nombre de obras maestras.

(12) QUINTIL., lib. X, cap. I, p. 651.

(13) PLAT., *in Protag.*

(14) *Id. Ibid.*

(15) STOB., *Serm. xcvi.* Poseo algunas poesías de Simonides que no merecen la pena de publicarse, ni tienen relacion con mi objeto.

los muertos, y pinta una solemnidad de la Iglesia romana que se celebra el dia dos de noviembre.

«Desde lo alto del cielo el cruel Sagitario había asediado su arco y asolado la tierra. Las colinas, los valles y los prados no ostentaban ya mas que secos despojos y noviembre había contado su dia primero. En tanto yo contemplaba en la soledad la caída del año y vivía en el campo satisfecho con la tranquilidad que allí gozaba. ¿Cuál será el poeta que no se inflame de entusiasmo al presenciar cuadros tan interesantes; cuál será el alma sensible que no se haya complacido alguna vez con la monótona belleza de las escenas de otoño? ¡Ah! ¡con cuánto placer el meditabundo dolor pasea al ponerse el sol con pasos lentos por aquellos valles descoloridos, penetra en los bosques que amarillean, y escucha el rumor del viento que despoja á los árboles de su última verdura! Aquel sordo rumor tiene no sé qué misterioso encanto para mí. Si lo escucho agitarse repentinamente por el bosque, creo que los murmullos de la hoja seca son los acentos de alguna persona amada. Todo se encamina hácia el sepulcro en aquel triste período y por eso la religión toma un traje de luto, que aumenta su magestad: al aspecto de un mundo que se arruina, no parece sino que su divina grandeza toma mayores proporciones.»

En este otro pasaje se encuentra la pintura del sacerdote, pastor venerable que consuela al hombre moribundo y alivia al pobre afligido. El hombre justo pasa en seguida al templo y despues de un discurso análogo á las circunstancias.

«Prepara el augusto sacrificio. Unas veces sus brazos extendidos parecen indicar que el cielo será propicio, otras veces adora inclinándose profundamente. ¡Oh solemne momento! Ese pueblo prosternado, ese templo cuyo pórtico ha cubierto el musgo, esas antiguas paredes, esa dudosa claridad que penetra al través de las góticas ventanas, esa lámpara que suspendida desde la mas remota antigüedad brilla de dia y de noche ante el Altísimo, como un simbolo del sol ó de la eternidad, la magestad de un Dios; los gemidos, el murmullo de las oraciones, el incienso que humea ante el altar; esas jóvenes bellezas que al lado de sus piadosas madres acaban de dar un tierno interés con su inocente voz á la pompa religiosa; ese órgano que ahora está callando; ese piadoso silencio; esa invisible union de los cielos y la tierra, todo inflama, engrandece y conmueve al hombre sensible, que en el fondo de su alma cree haberse remontado al mundo inaccesible en que los serafines con las arpas de oro cantan himnos sin fin á los piés de Jehová. Entonces es cuando espontáneamente el espíritu se eleva á Dios, que se oculta al sabio y se revela al corazón tierno: debe menos probarse que sentirse (1).»

La multitud precedida de la cruz y mezclando sus sagrados cantos con el murmullo lejano de las tempestades, se encamina hácia la morada de los muertos. Allí la viuda llora por el esposo; la doncella por el que fue su futuro y la madre por un niño de pecho. Por tres veces la procesion da vuelta alrededor de las tumbas rociándolas con el agua expiatoria. En seguida el pueblo se dispersa: las nieblas del otoño se disipan y el sol aparece radiante en el firmamento (a).

Simonides tuvo también una suerte parecida á la de los poetas franceses en tiempo de la revolución. Vió los dos sistemas políticos que se establecieron en Atenas, esto es, la monarquía bajo los Pisistratidas y la república despues de su expulsion. Habiendo sido testigo de las victorias de los griegos sobre los persas las celebró con himnos triunfales, y aunque celebró á Hiparco obligado sin duda por los muchos favores

(1) *Diario de Peltier*, núm. 21, vol. III, p. 275.

(a) Tengo una gran satisfaccion en ver consignado hasta en mi primera obra el nombre y la memoria de un sugeto á quien tanto debía amar en lo sucesivo.

que de su mano había recibido, tributó desmedidos elogios á los que asesinaron á este príncipe (2). Los reyes caídos deben encontrar mas ingratitude que el resto de los hombres, por la razon de haber hecho mas favores (3).

No eran Anacreonte y Simonides los únicos poetas que habían adquirido la inmortalidad. Toda la Grecia repetía con entusiasmo los versos de aquella Safo tan célebre por sus vicios y por su número. También estaba reservado á nuestro siglo el recordar la inmoralidad de gustos de la décima Musa. Me es grato creer que tales costumbres no se encontrarían entre nosotros en el elevado rango que la calumnia se ha complacido en darles. Safo ejerció una influencia mas directa sobre su siglo inspirando á las jóvenes de Lesbos afición á las letras (4). De aquí nacieron ciertas sospechas que la oda siguiente no es muy á propósito para disipar.

A SU AMIGA.

«Feliz quien suspira á tu lado y por tí únicamente; quien goza el placer de oírte hablar; quien alguna vez te ve sonreírte cariñosamente. ¿Podrá la dicha de los dioses igualar á la de este mortal?»

«Al verte se insinua por todas mis venas un penetrante fuego y abrasa todo mi ser: el alma se deja apoderar de tan dulces ilusiones que no encuentro palabras, ni me queda voz para expresarlas.

«Extiéndese en torno de mis ojos á manera de una densa nube; pierdo el oído, y pálida, y palpitante, y confusa y turbada, me estremezco y muero (5).»

A este fragmento de la musa de Mitylene opondremos un pasaje del único poeta elegiaco que la Francia ha dado á luz (6). Las costumbres de los pueblos se pintan alguna vez mejor en sonetos de amor que en libros de filosofía.

DELIRIO.

«Ha pasado ya ese momento de placeres, cuya rapidez ha burlado mis deseos. ¡Ya ha pasado! Mi joven y tierna amiga, tu felicidad ha duplicado la mia: vuelvan á brillar tus ojos lánguidamente oscurecidos: vuelva este beso á reanimar tu existencia.

«Leonor, amante afortunada, quédate para siempre encadenada en mis brazos.

«Perdona mis arrebatos, Leonor; el amor es quien me incita á cometerlos. Mi ser se estremeció al aproximarse á tí. Cuando estoy mas cerca siento con delicia palpitar tu abrasado seno junto al mio.... ¡Ah! deja

(2) ELIAN., *Varied. hist.*, lib. VIII, cap. II.

(3) Yo deploraba hablando con cierto amigo, hombre de distinguido mérito en todas materias, esa malhadada volubilidad de opinion que alguna vez oscurece las mas brillantes cualidades. Contestó el amigo con estas reflexiones que prueban su sensibilidad y la rectitud de su juicio: «La sociedad juzga con demasiado rigor á los literatos. Habiendo estos recibido de la naturaleza un alma extremadamente sensible, no pueden menos de ceder á impresiones vivísimas. De aquí proviene el rápido cambio de sus ideas, de sus amores y de sus odios, particularmente si la novedad va acompañada de alguna apariencia de grandeza. Por otra parte, no hay que olvidarse de que la mayor parte de los literatos son pobres, y que la primera ley es la de la existencia.» Vuelvo á repetir; por mi parte profeso respeto á los literatos. Si hubiera tenido intencion de hacer alguna alusion personal, (lo cual está muy lejos de mi pensamiento) no habría elegido ese pasaje de M. de Fontanes, cuyo carácter, en los pocos momentos que tuve la dicha de conocerlo, me pareció tan puro como sus talentos.

(4) SUID., *in Sapho.*

(5) DESPR., *traduct. de Longin.*

(6) No hablo del caballero Berlin ni de M. Lebrun por no haber sido todavía publicadas las elegías de este poeta cuando sali de Francia. Ignoro si lo han sido posteriormente.

que en mi insaciable arrebato pueda embriagarme de amor en tus húmedos labios. Si, tu aliento ha penetrado hasta mi corazón y ha encendido la llama de la voluptuosidad. Encantador objeto de mi tierno frenesí recibe toda mi alma en este beso (1).»

Juzgue el lector cual de los dos poetas expresa con más entusiasmo su pasión. Los dos parece que comunicaron á sus versos el fuego del sol que brilló sobre su cuna (2).

Hubiera sido interesante ver como Alceo, expulsado de Mitylene por una revolución, cantaba las miserias del destierro y de la tiranía; mas por desgracia no se conserva ya ninguna producción de este poeta (3).

Esopo floreció también en aquella célebre época. Paseándose un día por Atenas y viendo que unos ciudadanos se impacientaban bajo el yugo de Pisistrato, les dijo:

«Cansadas las ranas de la independencia que gozaban pidieron un rey á Júpiter. Este se burló de su insensata petición. Redoblaron ellas su importunidad y el señor del olimpo tuvo que acceder á sus clamores. Arrojárles un madero que al caer estremeció las aguas del estanque. Las ranas llenas de terror guardaron por de pronto un profundo silencio; luego con el pretexto de saludar al nuevo rey se le fueron arrojando poco á poco hasta que perdido enteramente el miedo, cometieron actos de la más indecorosa familiaridad, saltando sobre el pacífico monarca é insultando su apocamiento y su condición pacífica. Acudieron nuevamente á Júpiter, y este les envió una cigüeña, que paseándose de un lado al otro del estanque iba devorando cuantos vasallos se presentaban. Aquí fue el lamentarse de las ranas; aquí el dirigir nuevas súplicas al cielo... El soberano de los dioses no hizo caso de ellas... y las dejó á merced de un tirano en castigo de no haber podido sufrir á un buen rey (4).»

«Cuán pesadamente cae toda la verdad de esa fábula sobre el corazón de un francés! ¡Qué al vivo retrata la historia de esa nación!

La Francia además de su inmortal fabulista se gloria de poseer otro que vió muy de cerca las desgracias de la revolución. Mr. de Nivernois no tiene la naturalidad de Esopo, ni la sencillez de la Fontaine; pero su estilo está lleno de precisión y elegancia, y en él se revela el poeta que ha llegado á envejecerse en los círculos de la buena sociedad.

LA MARIPOSA Y EL AMOR.

Fábula.

«Cierta día la mariposa daba quejas al amor diciéndole: ¡Qué singular capricho es el vuestro! Si hay en el mundo dos seres que verdaderamente hayan nacido el uno para el otro, somos vos y yo: entre nosotros es idéntica la semejanza. Convenid de buena fe en que nadie sino yo debería guiar la vagabunda carrera de vuestro ligero carro. Pero vos empleáis en ese objeto á la más constante de las aves. Dejad que vaya el pichón á arrullar en torno de Himeneo, y dignaos uncirme á vuestro carro, para que el mundo nos vea volar sin más guía que el capricho. Amiga mía, contestó el amor, discurre perfectamente, sabes que te amo, aunque no sea más que por la identidad de vuestras inclinaciones; pero guardémonos bien de presentarnos nunca juntos, porque entonces podíamos dar por acabados nuestros triunfos. No hay verdadera dicha sino en la constancia; yo engaño á los mortales presentándome guiado por las aves que son el

(1) Obras de Parny.

(2) Mr. de Parny nació en la isla de Borbon.

(3) HORAT., lib. II, oda XIII.

(4) Esopo, fab. XIX.

símbolo de ella; sino me valiera de esta apariencia, sino engañara, ay amiga mía, mis aras se quedarían abandonadas (5).»

Ya es tiempo de presentar al lector una preciosa reliquia de la literatura de aquellos tiempos. Todo el mundo conoce á Solon (a) como legislador; pero, como poeta, no es conocido más que de un reducido número de literatos. Consérvanse muchos fragmentos de sus elegías, que voy á traducir ó á extraer según su respectivo mérito.

«¡Ilustres hijas de Mnemosyna y de Júpiter Olímpico! ¡Musas que habitáis en el Parnaso! Oid mi súplica. Haced que los dioses inmortales me concedan la felicidad, y que nunca me haga indigno de la consideración que se merece un hombre honrado. Haced que pueda yo siempre ser amable y placentero con mis amigos, y severo y sombrío para sus enemigos, pareciendo tan amable á los unos como terrible á los otros.

«Un poco de oro colmaría mis deseos; mas no lo quiero si ha de ser precio de una injusticia que tarde ó temprano halla su merecido castigo. Las riquezas que los dioses dispensan son duraderas; pero las que los hombres acumulan.... no parece sino que ellas les siguen á despecho y no tardan en desaparecer dejando en su lugar la infelicidad.... Detestable es el triunfo del crimen: Dios es el supremo fin de todas las cosas.

«Semejante al viento que agita las olas del mar hasta en las profundidades del abismo, y que después de haber asolado los campos se remonta súbitamente á los cielos, morada de los inmortales y restablece inesperadamente la serenidad, haciendo que el sol sonría amorosamente á la tierra después de disipadas las nubes; tal es la venganza de Júpiter.

«Tú que en lo íntimo del corazón ocultas el crimen no presumas permanecer siempre desconocido. El castigo va en pos de tí ó muy inmediato, ó suspendido sobre tu cabeza. Si la divina justicia no te alcanza, día vendrá en que tus hijos inocentes pagarán los atentados de su criminal padre. ¡Ah! Todos, buenos y malos, estamos en la inteligencia de que nuestra opinión es la mejor, hasta el momento que conocemos que nos ha sido perjudicial. Entonces nos quejamos de los dioses, como si ellos tuvieran la culpa de habernos entregado á locas esperanzas....»

El poeta prosigue pintando la imbecilidad humana: el enfermo incurable creyendo alcanzar la salud, el pobre esperando riquezas; unos confiando su vida á merced de las olas, otros desgarrando el seno de la tierra, etc.

«El destino dispensa los bienes y los males; no podemos evitar el fin que él nos prepara. En las mejores acciones hay peligro. Muchas veces los proyectos del sabio fracasan, en tanto que los del insensato llegan á buen término.»

El siguiente pasaje ofrece extremado interés porque pinta la situación moral de Atenas en el momento de la revolución.

«No perecerá la ciudad de Minerva por rigor de los hados sino por la influencia de sus propios ciudadanos. Pueblo y autoridades insensatas que ni podéis poner coto á vuestros deseos, ni gozar en paz de vuestras riquezas, en fuerza de crímenes os vais haciendo acreedores á la desgracia!.... Sin respetar el sagrado derecho de la propiedad, ni del tesoro público, cada cual se apresura á despojar el bien del Estado, sin el

(5) *Diario de Peltier*, núm. 75.

(a) Tiene indudablemente esta fábula cierta especie de elegancia, pero en vista de ella y de las demás composiciones que acabo de citar, no puedo menos de preguntarme ¿á qué contribuirían todas esas citas de poetas elegidos, y ese curso de poesía anacrónica para hablar de la revolución?

menor cuidado de las sacrosantas leyes de la justicia. Pero entre tanto esta justicia pesa vuestros hechos pasados, observa lo presente y así que vea colmada la medida del crimen descargará su inexorable brazo sobre vosotros. Esta es la causa primordial de todos los males de un Estado: este es el delito que se paga con la esclavitud, este es el que enciende el fuego de la guerra civil que devora la juventud. ¡Ah! la amada patria se ve asaltada repentinamente de enemigos; se dan y se pierden batallas, triste origen de lágrimas, y el miserable pueblo cargado de cadenas pasa á ser esclavo de los extranjeros.»

Solon concluye exhortando á sus ciudadanos á mudar de costumbres, y recomendándoles ante todo la justicia: «Esa madre de las buenas acciones, que pone freno á la violencia; templá la exaltación; corrige las leyes, reprime el entusiasmo y sirve de dique al torrente de la exaltación (1).»

Esas elegías políticas (permítaseme la expresión) van acompañadas de otras composiciones de distinto género. Del paralelo entre su pasaje acerca de la vida del hombre y las estancias de Juan Bautista Rousseau, sobre el mismo asunto podran resultar algunas reflexiones llenas de interés.

«Júpiter, dice Solon, da los dientes al hombre durante los siete primeros años de su vida. Antes de recorrer los otros siete le anuncia su virilidad. En el siguiente período hace que sus miembros se desarrollen y cubre su barba de bello. La cuarta época le ve llegar al apogeo de su vigor, y hace brillar su denuedo. En el período de la quinta le obliga á solemnizar la pompa nupcial, y á crearse una posteridad. En la sexta su ingenio se halla apto para todo, y no rehusa sino el trabajo material de manos. Durante la séptima llega al mayor grado de sabiduría y elocuencia y en la octava adquiere el conocimiento del corazón humano. Al llegar la novena época se nota rápidamente el descenso. El que haya recorrido los siete últimos años de su carrera, no acuse á la muerte de haberle cogido de sorpresa (2).»

ODA AL HOMBRE.

«¿Qué es el hombre durante su vida sino un perfecto espejo de dolor? Sus llantos, sus quejidos al venir á este mundo, ¿qué otra cosa son más que anuncios de las calamidades que le esperan?

«En la época de la niñez todo son lágrimas, maestros de triste catadura, libros de todos colores y castigos de todo género.

«La impetuosa y ardiente juventud lo coloca todavía en peor situación. Entre acreedores y queridas se ve atormentado como un presidiario.

«En la edad madura principia un nuevo combate al verse estimulado por la ambición, el afán de riquezas, el cuidado de la familia y la ambición no le dejan un momento de reposo.

«Al llegar á la vejez todos huyen de él, y lo desprecian: por otra parte le asaltan de tropel la tos, la gota y el mal humor que no le dejan de día y le acompañan de noche.

«Por colmo de miseria cae en poder de la muerte, conociendo que nadie le echará de menos. ¿Merecía esto la pena de haber venido al mundo?» (3).

Solon y Juan Bautista no debieron sin duda representar un mismo hombre, y se valieron de distintos modelos. El primero trabajó con arreglo á lo bello

(1) *Poet. Minor. Græc.*, p. 427.

(2) *Poet. Minor. Græc.*, pp. 451-55.

(3) Si alguna vez reproduzco pasajes demasiado conocidos debe tenerse presente que no tengo tanto empeño en presentar composiciones nuevas, como en citar las que pueden arrojar alguna luz sobre las causas de la revolución, comparando las épocas en que se publicaron, y que además yo me hallaba en país extranjero

ideal antiguo, y el otro se sujetó á las formas góticas de su siglo. En sus obras dejaron huellas del espíritu que les animaba.

Sensible me es tener también que decir que el severo autor de las leyes contra las malas costumbres, el restaurador de la virtud en su patria, Solon por decirlo de una vez, manchó la santidad de legislador con el desenfreno de su musa. El tiempo ha devorado sus escritos; mas aun se conserva escrupulosamente su memoria y algunos renglones que aunque inocentes revelan su amor á los placeres.

«Por tí, reina desde hace mucho tiempo en estos sitios.

«Pero que Venus, la del seno perfumado de violetas, me haga montar en un ligero buque y me aleje de esa isla célebre. Que en recompensa del culto que le he tributado, me conceda volver cuanto antes á mi patria.

«Gratos me son los favores de Venus y de Baco, así como los de las Musas que inspiran amables locuras» (4) (a).

He aquí como el autor del *Contrato Social* y del *Emilio* escribió en este género.

«¡Muramos, dulce amiga mía! ¡muramos, adorada de mi corazón! ¿Qué he de hacer de una juventud insípida, cuyas delicias hemos agotado por completo?

No, no son esos arrebatos lo que más echo de menos.

Devuélveme esa íntima unión de las almas que tú me habías anunciado y que positivamente me has hecho saborear: devuélveme aquella tan dulce languidez, colmada por la efusión de nuestros corazones; devuélveme aquel sueño encantador que yo hallaba en tu regazo, y aquel despertar aun más delicioso; devuélveme aquellos suspiros, aquellas ardientes lágrimas (5).»

Buen joven, que lees con ojos enternecidos este pasaje de la humana flaqueza, no te desdénese, no, de cultivar esa preciosa sensibilidad, señal la más positiva de talento, y tú, hombre perfecto, cuya irónica sonrisa me parece estar viendo, recógete dentro de tí mismo, y apláudete allá á tus solas de tu superioridad; por mi parte no te quiero ni por amigo, ni por lector (6).

CAPITULO XXIII.

LA POESIA EN ESPARTA.—PRIMER CANTO DE TIRTEO, LEBRUN.—SEGUNDO CANTO DE TIRTEO, HIMNO DE LOS MARSELLÉSES.—CORO DE LOS ESPARTANOS, ESTROFAS DE LOS NIÑOS.—CANTO EN HONOR DE HARMODIO, EPI- TAFIO DE MARAT.

En tanto que Pisistrato y sus hijos procuraban romper por medio de las bellas artes á los atenienses

(4) *Poet. Minor. Græc.*, pp. 451-55.

(a) Aunque en realidad estos fragmentos de Solon no tienen nada que ver con el asunto de este libro, no carecen enteramente de interés. La imbecil opinión moderna, con que la envidia procura consolar á las medianías literarias, suponiendo que no cabe distinguirse como escritor político y de asuntos de imaginación, se ve rechazada por el ejemplo de ese ilustre griego. El ser poeta no le impidió ser un gran legislador, así como tampoco le impidió á Jenofonte ser un consumado político, ni á Cicerón ser elocuente orador, y ni á Julio César su eminente estrategia. ¿Quién fue más apasionado de la literatura que Richelieu? ¿El autor del *Espíritu de las leyes* no escribió también el *Templo de Guido*? Federico el Grande empleaba más tiempo en hacer versos que en ganar batallas, y el primer ministro actual de Inglaterra Mr. Caning es poeta. (N. ED.)

(5) *Euev. Elois.*, tom. II, part. I, p. 117.

(6) ¿No es parecido este pasaje á uno de aquellos grotescos